

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *Memorias de un caballo*, Salvador Maria Granés.—II. *Los cordones de cadete*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—III. *Crepúsculos de amor*, Patrocínio Biedma.—IV. *Es contrato*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—V. *Un corazón de hielo*, G. Marino.—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

MEMORIAS DE UN CABALLO.

Pasé mis verdes años en una de las más verdes dehesas de la Andalucía.

Mi sangre era noble y de pura raza.

Mi mamá descendía por línea recta de aquel célebre caballo de *Alhambra* el *Magnífico*, que tan magnífica carrera dió con su real ginete, desde los bosques de la Alhambra, hasta... no recuerdo fijamente hasta qué punto; pero el hecho es que mi célebre antepasado *siguió una carrera* que ha inmortalizado en sus versos una de las primeras glorias literarias de España, Zorrilla, cuando con su inimitable entonación exclama:

Lanzóse el noble bruto * con ímpetu salvaje salvando á saltos locos la tierra desigual...

Mi papá era un caballo del Estado, y con decir esto, dicho se está que mi papá era un buen español, y mozo de muy buenas prendas.

Se entiende que era *mozo* antes de que yo viniera al mundo; pero dejó de serlo después que hubo conocido á mi mamá.

La vida de los autores de mis días se deslizaba tranquilamente, sin que ninguna ligera nubecilla viniese á oscurecer la dicha de aquella conyugal pareja. En cuanto á bienes, los había en abundancia. La dehesa en que pastábamos era muy fértil, y habiendo que comer es mucho

* Este noble bruto, con perdon de Vds, era mi abuelo.

más fácil que haya paz y tranquilidad entre los matrimonios.

Recuerdo, sin embargo, que una mañana dió mi mamá un par de coces á mi papá, con motivo de haber dicho éste que un caballo inglés amigo suyo era decidido partidario del matrimonio civil, que entonces, ¡dichosos tiempos! aun no se conocía en España, y desde aquel instante vinieron los disgustos domésticos á turbar la felicidad que disfrutábamos.

Mi papá y mi mamá se separaron.

Yo hube de pensar en seguir una carrera; deseaba instruirme y servir de algo á mi patria; pero una potra, *pia* por más señas, hija de una íntima amiga de mi mamá, me tenía sorbido el seso. ¡Trotaba con una soltura y relinchaba con una gracia!...

Cierta mañana muy temprano herborizábamos juntos mi amada y yo.

Me el yegüero, ni nuestras mamás estaban á la vista. Me acerqué, pues, á ella y le dije llevado del mejor fin:

—Mire Vd. *pia*, tiene Vd. un cuarto delantero tan bonito, y sabe menear tan bien la cola, que... ¡vamos! yo al lado de V. no estoy tranquilo.

Su respuesta fué un respingo y un par de coces que, si como *piita* estaba descalza, pues, como ya he dicho, era una mañana muy temprano y acababa de levantarse, hubiera tenido las herraduras puestas, me destroza, todo el *belfo* superior.

Aquel fué el primer desengaño de mi vida... ¡Me reservaba tantos el destino!...

Desde la dehesa me trasladaron á Madrid.



Fuí matriculado para empezar mi correspondiente carrera en el picadero de la calle de la Justa.

El Sr. Hidalgo fué mi catedrático de primer año.

Estudié varios cursos de *castellano*.

En piernas y en corbetas, en trote y en galope, no había quien se me pusiera delante. Salí de aquella universidad con las mejores notas en todas las asignaturas, y entré al servicio particular de un joven condesito.

¡Qué vida aquella, y cuán poco duró!

Me trataban á cuerpo de rey.

Tenia peluquero para mis abundantes crines, pedicuro que cuidaba de mis cascos, cocinero que me aderezaba unas empajadas como yo jamás pude pensar, ayuda de cámara que me vestía para salir á paseo...

Les digo á Vds. que entre mi señorito y yo había muy poca diferencia.

Todas las tardes nos paseábamos ambos en la Fuente Castellana.

Había allí cada yegua, que aquello era una bendición de Dios, y cada señorita, que, vamos, al condesito se le caían las riendas de las manos.

Él y yo relinchábamos de gozo; es decir, cada cual lo hacíamos á nuestro modo; él relinchaba y suspiraba yo; digo, al revés, él era el que suspiraba.

*
*
*

Pero la injusticia en los hombres no tiene límites.

Por más que yo estudiaba cada día nuevos saltos y más graciosos movimientos, llegué á fastidiar á mi señor. Se enamoró de un caballo blanco, yo era castaño, — pero no pasaba de castaño oscuro, — y deshaciéndose de mí, llegué á poder de un militar.

¡Qué vida tan diferente!

Aquello no era vivir. Los asistentes me hacían mil perradas.

Antes me limpiaban el traje todos los días, entónces sólo cuando pasábamos revista; mi plato que era ántes abundante y escogido, había variado por completo, hasta el punto de asemejarse al rancho que dan á los soldados. Y áun muchas veces se permitían los asistentes meter en mi plato la cuchara.

En cuanto á trabajos y peligros no faltaban.

Que se presentaba una partida en alguna parte, que se pronunciaban en alguna población; allí iba yo, sin que se me preguntase nunca cuál era mi opinión política.

En una de estas revueltas de partido, me cortaron media cola de un sablazo.

Cualquiera creerá que aquello me valió un ascenso, pues no, señores, por aquel mérito de guerra descendí.

El capitán que me montaba, me cambió en virtud de la pérdida que había sufrido, por el caballo de un contrabandista.

Es decir, que yo, portándome como leal, pasé al contrabando, y el del contrabando ingresó en las honradas filas del ejército.

Cuando yo no me mori entónces, nadie se muere de pena.

¡Yo, descendiente de un caballo del Estado, tener que defraudar al mismo!.. ¡Vamos! ¡Cuando les digo á Vds. que no hay justicia en la tierra!...

¡Válgame Dios, qué días y qué noches pasé en el contrabando!...

Los carabineros eran mi constante pesadilla.

En una refriega que con ellos tuve, me cortaron de un tajo las orejas.

Me consentí en que aquello sería para mí amo un galardón, un título á su aprecio; pero ¡que si quieres!... Se deshizo de mí porque estaba feo.

Aunque es mala comparación, los caballos somos para los hombres como las mujeres: sólo les gustamos por la *estampa*.

Desorejado y todo, volví otra vez á la vida militar, aunque sirviendo á un paisano, de cuyo nombre no quiero acordarme por su negra ingratitud.

El campamento de Alcolea fué el último teatro de mis glorias. Los servicios que yo presté allí, no tienen cuenta. Yo y el paisano que me regia llevamos multitud de noticias y pliegos interesantes, que acaso decidieron el triunfo en aquella célebre jornada. Se tenía gran confianza en la ligereza de mis piés, y por eso se me encargaron tan difíciles misiones.

De tantas carreras quedé resentido de una mano. En medio de todo le daba gracias á mi suerte, porque yo decía: ahora no hay más remedio sino que me recompensarán. He sido casi inutilizado en campaña... y con los años que llevo de servicios...

Cuando con este plausible motivo tantos se van á poner las botas, ¿no me podré yo poner las herraduras?...

Como por vía de premio, despues de aquellos sucesos, y á consecuencia de mi cojera, pasé á poder de los *sansimonianos*; es decir, que fui á parar á manos de un simon de plaza.

¡Vamos me dirán algunos, al fin conseguiste arrastrar coche!...

Sí, señores; pero yo no sé cómo lo arrastraba.

Las empresas de estos coches han resuelto un problema importantísimo: el de enseñar á los pobres caballos á no comer y trabajar. Lo malo es que los caballos se mueren de puro instruidos, haciéndose más pensadores en fuerza de no pensar.

Lo que pasé en esta nueva profesion no hay

para qué decirlo. Ya pueden Vds. hacerse cargo. ¡Qué de vigiliias! ¡Qué de ayunos y abstinencias.

¡Qué de escenas me han hecho arrastrar en pos de mí!

Llegó un día en que ^{**} me creí redimido para siempre.

Un chalan muy francote y muy bien parecido me llevó á su casa y en los primeros días me trató muy bien: pienso vá y pienso viene. Llegué casi á reponerme.

Era que no habia reparado en que mi cojera no tenia cura.

Así que lo comprendió, me puso á dieta. Yo no me impacienté del todo, porque creí que este era un sistema curativo, aunque algo incómodo.

Un empresario de la plaza de toros vino á verme. Le hube de gustar porque me llevó á su casa. Creí que para distraerme me llevaria á la funcion aquella tarde. Y me convidó por fin; pero fué á costa de mi pellejo.

Cuando sali á la plaza creí que el picador contendria á la fiera con la garrocha, para que no me tocase siquiera á un pelo. ¡Ilusiones! Aquel hombre sin corazon ponía un particular empeño en comprometerme. Cuando lo llegué á conocer distintamente, estaba en tierra y con el vientre de par en par abierto.

Pero señor, ¿es posible, me decia yo, que así se complazca el hombre en devolverme mal por bien?

Me levantaron á palos ^{**} como para darme un consuelo en mis congojas; me llevaron á la caballeriza, y me cosieron la barriga.

Esta operacion quirúrgica ejecutada en mi beneficio, me reconcilió con la humanidad. ¡Vámos! dije, no es tan mala.

Pero me quedé helado de espanto cuando oí que hacian aquello para volverme á sacar á que me acabase otro toro.

Entónces me tiré al suelo y ya no quise levantarme más; no por temor de morir, era lo que más deseaba, sino por no dar gusto á mis verdugos.

En esto entró un inglés en las caballerizas, me vió y me comprendió. A él le encargué que contase al mundo la historia de mis desventuras.

Sabido es que los ingleses tratan á los animales como á sus prójimos.

Un inglés ha sido, ^{**} en efecto, quien me ha contado estos episodios de la vida de un caballo.

Y yo, lector amigo, nada invento: Como me lo contaron te lo cuento.

SALVADOR MARÍA GRANÉS.

LOS CORDONES DE CADETE.

El dia en que me puse el uniforme por primera vez, llamóme mi abuelo, viejo militar que habia regado con su sangre los campos de Bailén y de la Albuera, luchando por la patria contra las agueridas lejonas del gran Napoleon.

—Caballero cadete, me dijo disimulando bien poco el placer que experimentaba al verme ataviado con la librea nacional y la de Toledo al cinto, ¿á que no conoce V la historia de esos cordones que lleva prendidos al hombro y cuyos extremos rematan en dos gruesas agujas!

—Ciertamente que no, le respondí, tan léjos andaba de sospechar que tuvieran historia, que hasta ahora los creia un simple adorno del uniforme.

—Estabas en un error; los cordones, como se llaman hoy ó agujetas como se llamaban en mis tiempos, son de fecha muy anterior á aquella en que los ejércitos civilizados adoptaron el uniforme. He aquí de qué manera me esplicaron su origen, cuando yo me los puse como tú, por primera vez.

Durante la guerra de exterminio que el sanguinario duque de Alba, hizo á los flamencos sublevados en demanda de sus escarnecidos derechos, Luis de Nasau, hermano de Guillermo de Orange entró por la Frisia adelante, con un poderoso ejército y no muy léjos de Groninga, derrotó á los españoles que le salieron al encuentro, acuchillando buen golpe de ellos y ahorcando despues á los que quedaron en sus manos.

Los que lograron salvar la vida, conducidos por el maestro de campo Gonzalo de Bracamonte, amparáronse de la ciudad resueltos á sepultarse bajo sus ruinas, antes que doblar la frente á los mendigos como por desprecio llamaban á los flamencos, desde que el conde de Berlaymont los apodara así delante de la princesa gobernadora.

Dueño del campo Luis, envalentonado con el suceso por una parte é irritado por otra con la pérdida de su hermano Adolfo muerto en la batalla, puso cerco á Groninga y envió al maestre Bracamonte, un cartel que poco más ó menos decia:

«El muy alto y excelente señor principe Luis de Nasau, general del ejército de Frisia al maestre Gonzalo de Bracamonte, hace saber, que si en el término de veinticuatro horas, no entrega la ciudad rindiéndose á discreccion, la tomará por asalto y harále ahorcar con todos los suyos en medio de la plaza pública.»

Mal conocía Luis de Nasau el temple de alma del capitán español, cuando con semejante amenaza esperaba intimidarle; apenas hubo acabado de leer el pliego, arrojólo al suelo, encogiéndose de hombros, y llamó á uno de sus oficiales para decirle en alta voz:

—Villafranca, traedme un cordel y un clavo, bastante fuertes los dos, para que con ellos se pueda ahorcar á un hombre.

Villafranca hizo una reverencia y salió á cumplir la órden de su jefe.

—¿Osaríais faltar á las leyes de la hospitalidad violando la sagrada persona de un embajador? preguntó demudado é inquieto el emisario.

—Tranquilizáos, contestó sonriendo Bracamonte, nada tenéis que temer; el cordel y el clavo que he pedido son para mí.

Y tomándolos de manos de Villafranca que se los presentaba, ató el clavó por la cabeza á la punta del cordel, rodeóse el cuello con este y sujetólo luego sobre la hombrera izquierda.

—Podéis contar á vuestro general lo que habeis visto, exclamó; decidle que desde el maestro hasta el último soldado del presidio de Groninga, llevarán de hoy en adelante un clavo y un cordel al cuello, para ahorrarle la molestia de buscarlos cuando nos hubiere de ahorcar. Pero, decidle tambien que si la fortuna nos libra de morir ahorcados, entonces el cordel servirá para que cada uno de nosotros ate á tres ó cuatro de los suyos. En cuanto á la intimación, que me hace, oíd lo que contesto.

«Gonzalo de Bracamonte, besa las manos al muy alto y excelente señor príncipe Luis de Nasau, y le dice, con el debido acatamiento, que defenderá la plaza hasta morir, como le toca de obligación.»

Y el bizarro capitán, después de leer el papel sobre que habia escrito rapidamente las anteriores líneas, entregósele al mensajero y le despidió con un ademán.

Fácil de adivinar es el efecto que semejante respuesta y la relación del emisario producirían en el ánimo del príncipe; inmediatamente dió orden de preparar todo lo necesario para el asalto.

Resonaron los clarines en el campamento y el ejército sitiador en masa adelantó hasta colocarse bajo los muros de la ciudad, pero en el momento mismo de apoyar las escalas, abriéronse las puertas para dar paso á los sitiados que se precipitaron sobre él con la impetuosidad del rayo.

Desconcertados los flamencos por tan terrible embestida, replegábanse ya hácia los reales, cuando se vieron de repente atacados por nuevos combatientes que les cortaban la retirada. Los que con tal oportunidad venían á decidir el éxito de la lucha, eran dos mil españoles ligeros mandados por el duque de Alba en persona, á quien el príncipe Luis suponía entretenido en Bruselas en prender, procesar y ajusticiar á los buenos patriotas.

Desde aquel punto la batalla dejó de serlo para convertirse en espantosa matanza y desordenada fuga. Siete mil flamencos quedaron sobre el campo; de los demás, los que no huyeron, todos entraron en Groninga atados con los cordeles de los soldados á quienes Nasau se proponía ahorcar, y si él mismo no sufrió igual suerte, debiólo á su arrojo y habilidad que le permitió escapar atravesando el río á nado.

El cordel y el clavo de Gonzalo Bracamonte fueron adoptados como un distintivo honroso por el tercio de Cerdeña y más tarde por todos los del ejército español que peleaba en Flandes. A últimos del siglo pasado fué cuando se dieron á los cadetes, aunque sin reservárselos exclusivamente, pues tambien siguieron usando cordones los oficiales de la guardia real, los de estado mayor y los ayudantes de campo.

Aquí puso fin á su historia mi abuelo y aquí se la pongo yo tambien, que no he hecho más que contarosla como el me la contó á mí.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

POESÍA.

CREPÚSCULOS DE AMOR.

I.

Tú eres la luz de mi alma,
mi celeste bendición;
el ángel que presta, en calma,
alas á mi corazón.

Es poco toda mi vida
para sentir este anhelo,
más mi alma á la tuya unida
seguirá amando en el cielo.

Tú eres luz, vapor, ambiente,
flor, perfume, estrella, ondina;
en cuanto hay puro y riente
mi corazón te adivina.

II.

Por mi desencanto heridas
las flores de mi ilusión,
caen, cual hojas deprendidas
del árbol del corazón.

No existe el amor del cielo
que en mi delirio soñé;
perdí mi encanto y mi fé,
ya nada espero en el suelo.

Cifré toda mi ternura
en un ángel de ilusión,
y aquella mujer tan pura
era... ¡¡como todas son!!

PATROCINIO DE BIEDMA.

ES CONTRATO.

Sin duda que fué un bolonio
estúpido y mentecato,
el que negó al matrimonio
la cualidad de contrato.

¡Que el indisoluble nudo
no es contrato! ¡vaya al diablo!
quien en tan craso error pudo
caer, merece un establo.

Lo dicho, para entender
que desbarró aquel bodoque,
que se necesita ser
un licenciado *in utroque*.

Si es contrato ó no la boda,
que entre paréntesis, hoy
no vá estando ya de moda,
á demostrartelo voy.

No con menguados sofismas,
con verdades como templos.

que aunque bastan por si mismas,
reforzaré con ejemplos.

La pollita que se casa
con un viejo de setenta,
arrugado como pasa,
por que tiene oro sin tasa,
otorga una *compra-venta*.

Aunque á la moral se ofende,
del pudor en menosprecio,
él compra y ella se vende,
concurriendo así, por ende,
voluntad y cosa y precio.

El mozo que mal contento
del hambre que le aniquila,
di su mano á una sibila,
celebra un *arrendamiento*
ó mejor dicho se *alquila*.

Y este contrato precario
concluye al fin por matar
al infeliz perdlario,
que no puede *desahuciar*
jamás al *arrendatario*.

El que se entrega indefenso
á una mujer susceptible,
gastadora, incorregible,
ese *constituye un censo*
perpetuo é irredimible.

La que de honra en apuros,
astuta como culebra,
merced a un millar de duros
encuentra esposo, celebra
un *contrato de seguros*.

El que ciego de pasion
cae en la sutil maraña,
y entrega su corazon
á una mujer que le engaña,
ese *hace una donacion*.

Los que juzgan bobería
el amor, y por su mal
se casan con la porfia
de acrecentar su caudal,
esos, *orman compañía*.

Pero cuando alientan dos
almas que el amor recluta,
y una de la otra en pös
vuelan como manda Dios,
existe entonces *permuta*.

Aqui acaba mi *alegato*
por mas que esforzarlo pueda,
pero ¿á qué? probado queda
que el matrimonio es *contrato*.

DIONISIO-J. DELICADO Y RENDON.

UN CORAZON DE HIELO.

Entre perlas y gasas ví prendida
Una rosa, mujer, sobre tu pecho,

Y al verla tan lozana preguntéme:
¿Cómo viven las flores en el hielo?

A poco ví sus hojas desprenderse
Del áura perfumada al casto beso,
Y entonces murmuré con honda pena:
¡No viven, no, las flores en el hielo!

E. MARINO.

NOTICIAS.

El día 6 á las once de la mañana, se celebrará el remate del suministro del petróleo para el alumbrado público y de las dependencias del Ayuntamiento, al precio de 12 pesetas 50 céntimos el cántaro.

El pliego de condiciones se halla de manifiesto en la secretaría del municipio.

* * *

El domingo último, dieron en el teatro principal una funcion extraordinaria, los beduinos de la tribu de Warr, entreteniendo con sorprendentes ejercicios de fuerza, agilidad y equilibrio á la numerosa concurrencia que acudió á favorecerles.

* * *

Ha sido destinado al batallon reserva de Ciudad-Rodrigo, el alférez de infantería D. Domingo Sanchez García.

* * *

Desde el día 31 de Agosto, viene saliendo á las cinco de la tarde el coche-diligencia que hace el servicio entre esta poblacion y la capital de la provincia.

* * *

Hemos tenido el sentimiento de despedir á nuestro particular y querido amigo, el teniente de artillería D. Augusto Moya Salazar, que deja en esta poblacion muchas y grandes simpatias. En su reemplazo ha sido nombrado D. Benito Tarazona Blanch á quien hemos tenido el honor de saludar. Deseamos buen viage al primero, y damos la bienvenida al segundo.

* * *

El Ilmo. cabildo Catedral celebró el día 2 á las diez de la mañana, solemnes exequias por el alma de doña Cristina de Borbon y Borbon, reina gobernadora que fué de España, muerta en el Havre el 22 de agosto último.

* * *

Segun los prospectos del teatro principal, los beduinos de la tribu de Warr darán esta noche su última funcion, en la que además de muchos y variados trabajos, todos distintos de los que ejecutaron el domingo, presenciara el público notables juegos de prestidigitacion, escamoteo, cartomancia y taumaturgia humorística.

ANUNCIOS.

MÁQUINAS PARA COSER de todos los sistemas. **AVISO** MÁQUINAS PARA COSER de todos los sistemas.

A TODAS LAS FAMILIAS Y ARTISTAS

QUE NECESITEN

MÁQUINAS PARA COSER

EN CIUDAD-RODRIGO.

En la calle de Talavera, núm. 1.º, las encontrarán á los mismos precios y con iguales condiciones que en Madrid, Barcelona y Sevilla. Se venden á plazos ó como mas acomode al comprador.

PRECIOS. Favorita, de cadeneta y mano á 200 rs.—Veloz, de idem 240 rs.—Nacional, de idem de doble pespunte 320 rs.—Canadense, de idem 360.—Unión y Brunonia, de idem. 400.—Progreso y Victoria, de idem 500.—Wilson y Silenciosa, de pie á 600, 700, 800, 900, 1000 rs.—Singer perfeccionadas con los últimos adelantos á 700 y 800 rs.

AL PÚBLICO. En el acreditado establecimiento de ANGEL CUADRADO, Plaza Mayor, núm. 20, se ha recibido, entre otras cosas, un excelente y bonito surtido en CROMOS de varias dimensiones. Así mismo TARJETAS DE FELICITACION en más de cien caprichos.

Además papel para cartas de lo más elegante. De hilo, de las mejores fábricas de Aragon, Cataluña, Valencia, Sardon y otras.



GRAN BARATO EN
RELOJERÍA.

GARANTIZADOS POR CUENTA DE LA FÁBRICA.

Se ha recibido un variado y escogido surtido en RELOJES de lo más selecto, tanto en los de sobre-mesa como en los de bolsillo, cuyas clases y precios son los siguientes:

De cuadro y sobre-mesa de última novedad, desde 80 á 400 rs.—De plata para caballero de 140 á 500 rs.—Cronómetros de idem de 400 á 600 rs.—De oro para idem de 700 á 1500 rs.—De idem con esmalte y simel para señoras, de 600 á 800 rs.

Representante de fábrica en Ciudad-Rodrigo,
SALVADOR BAZAN, Talavera 1.º

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 3 de Setiembre.
Trigo candeal, de 40 á 42 rs. fanega.—Idem barbilla, de 36 á 38 id.—Centeno, de 26 á 28 id.—Cebada, de 22 á 24 id.—Algarrobas, de 20 á 22 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º á 17 rs. arroba.—De 2.º á 16 id.—De 3.º á 15 id.—De 4.º á 10 id.—Menudillo á 7 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

VENTA de una casa sita en la calle de Granada número 10. El que quiera interesarse en su compra, en esta imprenta se le dará razon.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
LA MODA ELEGANTE
ILUSTRADA.

En la redaccion de el „El Eco del Águeda,“ se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio por comision, franqueo ú otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administracion central.

presentar desnudas sus salvajes asperezas.

El guía, que era un noruego de gran estatura, cabellos rubios y blanquísima tez, legítimo descendiente de los Ases, abría la marcha apoyándose en un grueso cayado. Seguía inmediatamente Magno, con paso firme y dirigiendo tranquilas miradas á las profundas grietas que las revoluciones de la naturaleza han abierto en el Nunsfjeld. Gottlieb se arrastraba tras él medio muerto de miedo, asiéndose de cuando en cuando á los ángulos salientes de las rocas, para no ceder al vértigo que le producía la vista de los derrumbaderos.

Hacia la media noche llegaron á la cumbre del monte. Allí les aguardaba un espectáculo sublime.

A sus piés se mostraban con salvaje grandeza los precipicios que acababan de bordear, y enormes peñascos iluminados todavía por el sol. Más abajo, envueltos en una media tinta llena de variedad, estendianse espesos bosques de encinas y abetos cuya monotonía, interrumpian pequeñas praderas; más abajo aun, se distinguía confusamente la aldea en la oscuridad del valle. En torno de ellos se alzaban los Dofrines, sombríos colosos vestidos de nieves eternas y por encima de sus cabezas rodaba un cielo gris, manchado hacia el oriente por tonos rojizos. No corría el más ligero soplo de viento y la calma que les rodeaba era tan profunda, que hubieran podido escuchar el lejano rumor del mar del norte.

XVI.

Magno no se paró á contemplar tan maravilloso espectáculo. Sin detenerse á descansar un momento en la roca sobre

que el guía y Gottlieb se habian dejado caer estenuados de fatiga, rodeó el pico de Nunsfjeld y al poco rato encontró lo que buscaba.

Sobre una enorme piedra granítica, descubrió tres grandes trazos de cincel semiborrados ya por el tiempo, pero reproduciendo, todavía con bastante exactitud, las tres letras iniciales del manuscrito que habia tenido buen cuidado de grabar en el baston de abedul en que se apoyaba.

Procurando acallar los latidos de su corazón, Magno volvió los ojos hacia el ocaso; al extremo del inconmensurable horizonte que desde allí abarcaba con la vista, comenzaba á distinguirse un resplandor indeciso y blanquecino.

—¡Gottlieb!—gritó con voz estentórea.

El viejo criado se estremeció al escuchar aquel acento que de improviso turbaba la calma y rompía el silencio que reinaban allí, pero se acercó inmediatamente á su amo.

—Ya es hora,—le dijo Magno—¿ves esta hendidura?—y le indicaba con la mano la primera letra grabada en la roca.

—Si, señor,—murmuró Gottlieb con apagado acento.

—Pues bien, vés á tener este baston colocado perpendicularmente sobre ella y cuando salga la luna lo inclinarás sin separarlo.

—Perdonadme, señor,—exclamó Gottlieb, arrojándose á los piés de Magno,—yo haré todo lo que me mandeis, pero...

—Calla y obedéceme.

—¡Dios mio!—gimió el pobre viejo, asiendo con mano trémula el baston y apoyándolo sobre el misterioso signo.

El astro de la noche asomaba por el horizonte entre rojizas tintas, mientras el sol semejante á un inmenso globo de fuego, continuaba su marcha y la sombra del baston dibujaba violentos zig-zags sobre las asperezas del terreno.

Al dejarse ver toda entera la luna, teñida de un color sangriento, Gottlieb inclinó hacia ella el baston, no sin encomendarse á Dios fervientemente.

—¡Ven acá, ven acá!—gritó Magno sin moverse del sitio en que terminaba la sombra del baston y al cual habia llegado

de un solo salto.

Gottlieb se dejó resbalar por el monte, desgarrándose la ropa y la carne con las puntas de las rocas. Su joven amo, estraviados los ojos y los cabellos en desorden, apoyaba la mano sobre una enorme piedra colocada al borde de un precipicio cuya vista causaba vértigos. Aquel peñasco había sido llevado allí, en una de esas revoluciones prehistóricas con que la naturaleza lo ha trastornado todo.

—¡Aquí es, aquí es!—murmuraba Magno entre dientes como si temiera que le escuchara alguien.—¡Voy á ser dueño del espíritu y de la ciencia de Mimer!—y dirigió al espacio una mirada de soberbia.

—Ayúdame á derribar este peñasco,—dijo luego á Gottlieb con imperioso acento.

—Pero, señor, solamente para moverlo, sería preciso tener la fuerza de un titán.

—¡Ayúdame!—repitió Magno hablando por primera vez al pobre viejo con tono amenazador,—¡Une tus esfuerzos á los míos y que Vidar nos proteja!

Obedeció Gottlieb sin replicar. Durante algunos instantes, ambos hicieron inútiles esfuerzos para mover aquella enorme mole, pero de repente estremeciéndose sobre su base, osciló un punto como si quisiera aplastar á aquellos dos pigmeos que la embestian y perdiendo el equilibrio, cayó al fin con horroroso estruendo.

Por largo rato oyéronla romper cuanto hallaba á su paso, derribar árboles y arrancar peñascos para ir á sumergirse en el río, con el estampido del trueno, después de haber despertado á los halcones que levantaban el vuelo y á los osos que corrían de un lado á otro, sobrecogidos de terror.

Gottlieb se dejó caer al suelo, mientras Magno enjugaba su rostro sudoroso, y el guía creyendo que la montaña entera se desplomaba, huía sin saber á donde.

«llas que te quedas, no es por mí bien sino por el tuyo ¡ah! ¡qué importa el mío! ¡tú lo eres todo para mí!»

Magno tomó una hoja de papel y ahogando los latidos de su corazón, conteniendo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, escribió con mano trémula:

«Berta mía, yo te amo como siempre; es verdad que me marchó, pero volveré pronto y para colocarme á la altura á que no ha llegado ni podrá llegar ningun otro hombre. Entonces seremos dichosos, pero ahora, puesto que me amas, no intentes detenerme, no trates de oponerte á mi destino.»

Aquel loco negaba en estos cuatro renglones, la prerogativa de que el hombre debe estar más orgulloso, el libre albedrío.

XV.

De allí á tres días, Magno y Gottlieb se embarcaron en Stettim y el nueve de junio saltaron á tierra en el puerto de Cristiania.

El veintidos del mismo mes, precedidos de un guía trepaban amo y criado por las quebradas del Nunsfjeld. Habían salido muy temprano de una aldehuela que estendía por la falda de la montaña sus casas de pizarra techadas con bálago. Sin embargo de que eran ya más de las diez de la noche, aun había tanta luz como si fuese mediodía. El sol no había desaparecido del horizonte y sus rayos oblicuos, blanquecinos enturbiados por la niebla, iluminaban con tintas fantásticas el paisaje. El Nunsfjeld se empinaba orgullosamente hasta el cielo, tachonado de pálidas estrellas y su cima se había despojado del sudario de nieve que la cubre durante ocho meses al año, para